

OBCECACION SUICIDA⁶⁹

El señor licenciado don Luis Cabrera, uno de los pocos valores revolucionarios que aun quedan en pie, ha sintetizado su juicio sobre la actual situación política en los siguientes términos: “en estos momentos de guerra y de crisis moral, lo que se necesita no son gobernantes derivados de la efervescencia política de los partidos, sino hombres rectos, honrados, sinceros, patriotas y energéticos capaces de sobreponerse a las ambiciones y de reprimir la inmoralidad endémica, gobernando para todos (como lo haría Elourduy), y no sólo para una clase privilegiada”.

Si los desorientados y frenéticos políticos del PRM fuesen capaces de domeñar sus pasiones y de subordinar sus bien mezquinos intereses a los muy altos y nobles de la actual actividad, no vacilarían en dar la razón al licenciado Cabrera y cesarían de ser un obstáculo a la libre satisfacción de los anhelos nacionales; esto es, a la ya inaplazable implantación de una democracia efectiva.

Nunca como ahora se ha hecho tan palpable la necesidad de abandonar la vieja y desprestigiada política del “carro completo”, la vieja y suicida tendencia a la infalibilidad.

Ese suficientismo, esa sistemática imposición de las ideas y de los programas de un grupo que se erige en supremo dictador de la vida colectiva, ha sido la causa de las mayores catástrofes.

Recordemos lo que pasó al régimen porfiriano. Iniciado bajo el signo de la política de atracción, que le aseguró sus mejores éxitos, fue degenerando poco a poco, hasta convertirse en el instrumento de una camarilla cuyo único ideal era el enriquecerse y perpetuarse en el poder. Exactamente lo que ahora pasa con la camarilla oficial, freno y estorbo para todas las sanas iniciativas presidenciales.

⁶⁹ *El Universal*, 5 de julio de 1944.

El porfirismo cerró los oídos a las fuertes voces de la realidad, se alejó del pueblo, se confió en sí mismo, acabó por representar los intereses de unos cuantos.

Cuando esto sucedió, la gran masa olvidada, las multitudes preferidas abandonaron a su vez a quienes no habían sabido oírlas, ni atenderlas, ni satisfacerlas, ni interpretarlas.

Y no es que faltaran advertencias. Hubo voces que señalaron el peligro al viejo dictador.

Uno de los consejeros más cercanos al general Díaz, el inteligente licenciado Zayas Enríquez, nos plantea que, comisionado por aquél para investigar lo que hubiere en el fondo de la agitación que ya empezaba a marcarse de modo enérgico en ciertos sectores, le informó, leal y sinceramente en dónde residían las causas del malestar.

Presento ante su vista las quejas de los trabajadores manuales y de la clase media, le explicó en qué consistían los abusos que empezaban a agotar la paciencia de unos y otra. Le hizo ver que la sociedad estaba a la sazón dividida en dos castas:

“la una privilegiada, dirigente, sagrada, para la que son el poder, las prebendas, los negocios, los títulos y los honores; y la otra, carne de cuartel, materia prima para el industrialismo, estancada, esclavizado, sin esperanzas ni porvenir, a la que tocan la faena, la miseria, y las penalidades”

Detallo, enseguida, las causas del descontento

“que hay cansancio originado por la inmovilidad de muchos de los funcionarios y empleados; irritación originada por abusos de algunos o de muchos de ellos; impaciencia de parte de los que se creen con derecho a ocupar los altos puesto públicos y cifran todas sus esperanzas en el cambio, siquiera sea parcial; odio hacia cierto círculo político que ha sido y es considerado, con razón o sin ella, como adueñado del país y director exclusivo de los negocios públicos que tienen acaparados lo negocios pingües, y aparece en toda ocasión como la espada de Breno, inclinando la balanza del lado en que cae; quejas contra las autoridades, porque poco o nada se preocupan del pueblo, sino que cada cual piensa sólo en enriquecerse y en enriquecer a sus favoritos y hasta en las mejoras materiales de utilidad más evidente, no quieren ver lo contrario sino negocios particulares, de provecho privado”.

Todo esto, y mucho más, cuya analogía con la situación presente asombra, expresó Zayas Enríquez en su informe confidencial al entonces Presidente de la República, Don Porfirio Díaz.

Si éste hubiera sido menos viejo (y por lo tanto, mentalmente más ágil), si no hubiera estado mareado por el poder y engreído por ostentosos triunfos anteriores, si no hubiera estado literalmente bloqueado por la camarilla de los “científicos”; lo más probable es que Porfirio Díaz hubiera vuelto sobre sus pasos, para atender las juiciosas exhortaciones que le señalaban el camino de la indispensable rectificación.

Pero por desgracia no era así: el viejo dictador estaba encerrado dentro de un círculo de hierro en su torno forjado por audaz camarilla; de tal modo que la sugestión y la presión de ésta tenía que ser mucho más fuerte, mucho más decisiva que las razonadas indicaciones del único amigo que le dijera la verdad.

La situación en que hoy se encuentran el PRM y sus directores, ofrece marcados puntos de contacto con aquella en que los “científicos” colocaron al General Díaz.

Median, sin duda, entre ambas situaciones diferencias o discrepancias muy hondas en otros sentidos; pero ello no obsta para que ambas coincidan en un punto básico: en la obcecación suicida del grupo predominante, del que tuvo entonces y quisiera hoy tener aprisionado o envuelto en sus redes al Jefe de la Nación.

Esa obcecación, esa obstinación en el empleo de los métodos que desvirtúan el sufragio; ese empeño tenaz de mantenerse a toda costa en el poder y de controlar dictatorialmente las actividades políticas, esa tendencia al monopolio electoral, es el punto común entre el nefasto “partido científico” y el no menos funesto PRM.

El otro punto de contacto es el del rápido y no siempre ilícito enriquecimiento, diganlo, si no, muchos gobernadores, ex gobernadores y altos funcionarios.

Y así como el partido científico cayó, así tendrá que caer el que dentro del actual régimen sigue la misma trayectoria que aquél siguió bajo la dictadura en agonía.

La oposición contra el partido del monopolio la han iniciado ya don Luis Cabrera y el general Cándido Aguilar, dos representativos de la histórica facción carrancista, parte integrante que fuera el movimiento revolucionario de 1913 y 1914.

Ese gesto de repulsión para un grupo en todos conceptos repudiable lo comparte con Cabrera y Aguilar todos los hombres libres de México, y ellos forman legión.

¿Imitará el PRM la conducta insensata del partido científico, su antecesor en la historia? ¿Heredará la obcecación de éste? ¿Persistirá en irse apartando cada vez más de la democracia y del respeto a la pública opinión?

Si así fuere, si el cada vez más desprestigiado PRM se empeña en seguir burlando sistemáticamente el voto público, si continúa ofreciendo el bochornoso espectáculo de imponer al país cámaras pseudorepresentativas y pseudolegisladoras, en que sólo los suyos tienen cabida puede afirmarse sin temor de incurrir en error, que el PRM con esto se dedica a cavar su propia sepultura.

Los escandalosos sucesos de Aguascalientes así permiten asegurarlo.

No es esa la forma de ayudar al Presidente de la República en sus tendencias hacia la unificación.